

PEREIRA

Dámaso Santos

EMPECEMOS, pues, con «El país de los Losadas». En ninguna manera Antonio Pereira ha querido hacer sensu stricto, novela experimental, sino contar sucinta y eficazmente una historia de familia; dos historias, en realidad, a la vez, íntimamente relacionadas y complementarias por lo que respecta a los personajes, a ese «país» y muy especialmente al totalizante relator. Una historia perteneciente al realismo más estricto y arraigado en la voluntad de ofrecer al lector, con un argumento interesante y directamente humano, no ya el minucioso cuadro de costumbres y descripción de paisajes que abrumba a la novela decimonónica, y sí algunos de los rasgos del paisanaje, de una determinada comarca y las de un paisanaje más respirado que descrito, con las notas testimoniales de dos tiempos históricos imbricados, el actual más palpitante y el seguramente no menos palpitante de la pasada guerra civil.

Pero Antonio Pereira ha desplegado una técnica en la que ha puesto en buena medida el interés supremo del relato en quebrar la linealidad que parecía exigir, fragmentando el gran espejo a lo largo de las andanzas en múltiples y reveladores reflejos significativos, especialmente valiosos en el orden histórico, psicológico, sociológico y ambiental, proponiendo al lector el ejercicio de construir por sí mismo la historia, las historias juntas, que son muy sencillas y en ninguna manera apasionantes como tales. Diríamos que hay algo de azoriniano y mironiano, de ciertas páginas de Pedro de Lorenzo; mas, por contra, no hay complacencia ni énfasis -ya lo he dicho- descriptivo, y las elipsis, lo mismo que las iteraciones y los incisos, se realizan en función de una eficacia concreta, que se manifiesta en el encadenamiento sinuoso de lo coloquial y resumen de las distintas voces relatoras -incluyendo la del autor y de los personajes adventicios- en un todo estilizado del relator general y fundamental protagonista. La del autor, siempre indirecta, está en breves subrayados indicativos, en frases entre corchetes que jalonan y matizan la estructura oculta en la textura conseguidamente inconsútil de la trama, constituida por el diario del huido en la guerra, el traslado del mismo y la personalidad de heredero, reflejada en sus soliloquios y la conversación de éste con el juez que he de dictaminar el intento de asesinato de este mismo heredero -un segundo Losada- contra la persona del ama de llaves, amante tal vez del viejo Losada difunto, cuando ella pretende convertir en lo

mismo al nuevo propietario, que la rechaza no se sabe muy bien si por misoginia, escrúpulos religiosos o morales o instintiva repulsión a la depredación artera y aldeana de la hembra, o todo a la vez.

Por toda esta complejidad, hábilmente simplificada, pudiera entenderse «El país de los Losadas» dentro de un constructivismo -que muestra sus procedimientos e intenciones- de orden experimental. Pero cabe entenderla más bien como resultado de un maduro proceso de depuración formal. Antonio Pereira, de muy larga y señalada trayectoria en la poesía lírica, ha sido también, desde hace bastantes años, un escritor volcado a la narración con novelas y relatos breves. En alguno de estos últimos había conseguido ya algo de esta técnica de elevar a primer plano, como cursivo y directo, lo que es destilación y acumulación de lo elaborado indirectamente, artísticamente en busca de efectos, significaciones más penetrantes, insinuantes o sutiles mediante una trabazón lingüística de representación e indicación del argumento elegido y la realidad histórica, social, geográfica y lingüística en que se produce, como en tantos otros de su narrativa, en que se supone.

En el caso de «El país de los Losadas», pura intrahistoria comarcal del cerco nativo del autor, en una zona gallega, frontera de la suya leonesa, más precisamente en este caso con un dominio del material y los recursos, de la técnica cuajada, rigurosamente singulares. Pienso que por ello habrá que contar con Pereira entre los primeros narradores de esta hora que se inicia con toda firmeza en esta obrita -estamos lejos de las pretensiones de la novela total-, que tiene las características de la nouvelle o novela ejemplar, la novela corta (en un sentido más amplio de las que formal y editorialmente se tienen por tales), que, viendo los ejemplos de las últimas producciones de Carmen Martín Gaité y José María Guelbenzu, hay que calificar, sin duda alguna de pequeñas obras maestras, que son hijas a la vez de la exploración innovadora y del reposo y la superación de un realismo anterior.